

Bolaño o de las perspectivas de filosofar a Borges

*Es supersticiosa y vana la costumbre de buscar sentido en los libros,
equiparable a buscarlo en los sueños o en las líneas
caóticas de las manos.*

J. L. Borges

Reseña

Eleucilio Niebles Reales

Bolaño Sandoval, Adalberto (2011). *Jorge Luis Borges. Del infinito a la posmodernidad, una mirada desde la filosofía contemporánea a su narrativa*. Editorial Uniautónoma: Colombia. 234 p.

El libro del profesor Adalberto Bolaño, *Jorge Luis Borges. Del infinito a la posmodernidad*, una mirada desde la filosofía contemporánea a su narrativa, comienza con un apartado interesante acerca de la historia de creación del libro mismo, y las motivaciones, intereses e ideas que lo rodearon. Igualmente, es una exposición atractiva sobre aquello que el libro se propone en sus distintos planos conceptuales, de tal suerte que desde el principio el lector puede ubicarse en cualquiera de los múltiples escenarios de lectura que el libro le sugiere.

En general, es una revisita inteligente al sempiterno Homero argentino, mediada por la lente filosófica, que él descubriera cuatro décadas atrás, de la mano de un nunca bien lamentado maestro y mentor que tuvo de literatura latinoamericana. De ahí el homenaje: “Dedicado a la memoria de Carlos J. María, borgiano”.

Lo que sigue es el engarce de lo que postula en todo el texto: el infinito (tarea ambiciosa), con la posmodernidad, la filosofía contemporánea y su narrativa, a partir de la consideración de que hay un vínculo secreto, implícito, a veces explícito entre Borges y los estructuralistas (también los neoestructuralistas). Y allí estarían Gianni Vattimo, Jean Francois Lyotard, Richard Rorty, Felix Guattari, Gilles Deleuze, Jacques Derrida, entre otros. Borges sería, y el autor da buenos argumentos, el padre putativo de todos ellos. La entrada a la posmodernidad, en la que se reemplaza a la realidad por otra ordenada significativamente sería uno de los aciertos de la obra borgiana.

La llamada literatura de interpretación converge en Borges (p. 30) para convertirse en una experiencia estética que, junto a una dimensión lúdico-filosófica, deviene en un ordenamiento hipotético del mundo para lo cual se ha valido de temas filosóficos como tiempo y espacio, eternidad y destino, arquetipos y mitos, simultaneidad y retorno, lenguaje y muerte, adaptando (aviesamente) a Platón, Hume, Berkeley, Nietzsche y Schopenhauer.

En palabras de Bolaño, el libro puede pensarse desde una perspectiva amplia como “teoría literaria, filosofía del lenguaje o crítica literaria (o todas ellas), pero es, todo ante todo, un paralelo y entrecruzamiento, búsqueda dialógica y deconstructiva” (p. 31) de la narrativa de Borges. Explicita que la deconstrucción es la guía para realizar el libro pues además de revisar algunas claves estéticas y culturales sobre la creación de Borges, pretende una lectura de su *ars poética* como acto filosófico...” (p. 32). Es una metódica interesante pues realiza un trabajo de demolición conceptual en el que se desgranar múltiples perspectivas para apoyar los objetivos fundamentales del texto, presentes al comienzo, y de los temas centrales que se abordan. No obstante, el llamado es a que el lector no se confíe, pues en el desarrollo de la argumentación, muy densa en apoyos eruditos y en la explicitación metalingüística, se genera un plus que abarca mucho más de lo anunciado.

En detalle, la estructura del libro está respaldada por cuatro capítulos, cada uno con los respectivos apartados.

En el primero de ellos, *Del panteísmo lingüístico al panteísmo literario*, Bolaño presenta una exposición interesante en la cual los protagonistas son el estructuralismo en cada uno de sus representantes, y la cábala, en términos hermenéuticos y en relación directa con el pensamiento estético de Jorge Luis Borges, para postular un diálogo sugestivo entre dos interpretaciones fructíferas.

El segundo capítulo, titulado La escritura (es) de la eternidad o “*El jardín de los senderos que se bifurcan*”, es una excelente reflexión sobre la noción de eternidad en la obra de Borges, a propósito, especialmente del cuento que se menciona en el título, y que propende por el establecimiento, o mejor, el re-establecimiento de las relaciones que la eternidad y la escritura mantienen desde siempre. Este capítulo vuelve a mostrarnos la importancia del concepto de eternidad para la filosofía, realizando una exposición por el pensamiento de los así denominados por Bolaño los “predecesores” de Borges, Heráclito, Platón, Irineo, Zenón de Elea, Plotino, San Agustín y Santo Tomás. Llama la atención lo que para Platón -en relación con el concepto de eternidad-, nos cita Bolaño: “La eternidad, en tanto, constituye para Platón el lugar de las Formas, donde la esencia siempre es, pero especialmente en la que todo es, inmutable” (p. 91), de tal suerte que se constituye en la base de la reflexión borgiana, pasando por las nociones desarrolladas por Aristóteles, Hegel, Plotino, Condillac, Hume, Rorty, entre otros autores de igual peso epistemológico. Más adelante en el mismo capítulo, Bolaño presenta el relato *Funes el memorioso* como una estrategia de Borges para hablar sobre el conocimiento o, tal vez, de Berkeley: “El supuesto caos borgiano es solo una representación de una supraorden, de carácter arquetípico, uniforme, pleroma cabalista, platónico, pero también berkeleyano” (p. 97).

El tercer capítulo, Borges, un romántico contemporáneo, es el que utiliza Bolaño para presentar a un Borges al mismo tiempo romántico y gótico, como en muchos de sus relatos, y donde nos lanza ideas originales como “Tengo para mí que en Borges se encuadra y prolonga el romanticismo alemán e inglés, adicionándole la concepción de una modernidad que encara (que retoma) el infinitismo de los siglos XVII y XVIII en una reactivación cultural y neobarroca aparentemente anacrónica en el que resurge como el espacio de interrogación del mundo que empieza a liquidar las aún potentes raíces teológicas por un espacio cosmogónico y cosmológico” (p. 131). La alusión a una nueva propuesta del romanticismo borgiano –superados Platón y amigos- va acaballada en argumentos convincentes, de la mano de Novalis, Coleridge, Wordsworth y Schelling. Vueltas pedazos las categorías de tiempo, espacio y acción, lo que según Bolaño, significaría para Borges, “instaurar y refundir la reflexión, la eternidad y la estética en la voluntad” (p. 135) la cual, se aclara que podría ser tanto de índole schopenaueriana o la propia del escritor argentino, se podría alcanzar esa “eternidad romántica y clásica” que se asoma, a veces velada, asordada, explícita, o reflexiva en sus relatos...

En el cuarto capítulo, se resume muy bien la intentona de abordar la fusión de los pensamientos estructuralista y posmoderno utilizando como vehículo deconstrutor a *Tlön, Uqbar, orbis tertius*, el cuento más conocido de Borges. Bolaño trae a cuento el viejo debate modernidad/posmodernidad a través de un coro de voces autorizadas que examinan los avatares de cada una de estas posiciones. No es un debate nuevo, pero sí es diferente. Es un análisis literario-filosófico que pone sobre el tapete la consideración del mismo Borges, como escritor posmoderno, idea que plantea Bolaño cuando señala que “Borges coincide con el pensamiento posmoderno, el posestructuralismo derridiano y la nutrida literalización y literaturización del mundo propuesta por los filósofos hermeneutas de la posmodernidad...” (p.176). El problema no reside tanto en adscribir su narrativa o a él mismo como posmoderno, sino en la manera cómo se arguye para demostrarlo. Lo que sí es cierto es que Bolaño devela, desde una nueva óptica, la deconstructiva –por llamarla de una manera– el papel que juega Latinoamérica en el problema, precisamente porque “fue Jorge Luis Borges el primero en postular, antes que algunos filósofos contemporáneos y los estructuralistas, un mundo posmoderno: Tlön...” (201).

El libro de Bolaño es un texto de filosofía. Y como tal debe ser leído. No es una lectura fácil y el lector debe estar munido de excelentes conocimientos tanto de la historia de la literatura como de la filosofía. Se sospecha que la no advertencia de la lectura del libro se deba a que es una trama compleja, poco accesible, para públicos selectos, semejante a uno de esos relatos crípticos del mismo Borges. Él, sonreirá con su ironía de argentino culto por encima del hombro de quien lo lea.